

Enderecé mis pasos hacia el sitio donde se hallaba la fiera, pero las sinuosidades y pliegues del terreno me la hicieron pronto perder de vista. Cuando llegué, la pantera había abandonado aquel sitio; pero, como la nieve no había borrado aún aquellas huellas, colegí que hacía breve tiempo que había abandonado aquel alto y que no podía hallarse lejos.

Guiado por las huellas del felino, impresas en la nieve, llegué á un pequeño valle que ofrece el aspecto de un embudo y en el que brotan en abundancia espesísimos arbustos y matorrales.

Al este de este valle se hallan grandes rocas escarpadas, dominando un precipio de 100 metros de profundidad. Era tal la velocidad de mi carrera que recorrí en brevísimo tiempo 5 kilómetros.

Caminé 200 metros más, siguiendo siempre las huellas de la pantera, y llegué á las rocas donde se perdían las huellas de la fiera. Todo hacía presumir que la pantera había penetrado en su guarida.

La prudencia me aconsejaba que no registrase aquellos espesísimos matorrales, para no ser sorprendido de repente por el astuto huésped de aquellos abruptos sitios. Di un rodeo para alcanzar el punto más alto de aquel hacinamiento de rocas, y lo logré, haciendo milagros de equilibrio. Tendido en el suelo boca abajo, y apoyándome en las hendiduras de la roca, avancé la cabeza, mirando hacia el fondo del precipicio.

Vi á la pantera que se paseaba en un espacio que mediría unos cien pasos, limitado por las rocas, y una barrera de abrojos y arbustos, yendo y viniendo sin cesar de uno á otro extremo.

Hallábame demasiado lejos aún para poder tirar bien contra la fiera. Resolví, pues, dar un nuevo rodeo á lo largo de las rocas, y alcancé, al fin, una grieta abierta en una roca inmensa, algo separada del grupo principal, que me ofrecía un maravilloso sitio de acecho.

El viento del sud llevaba en sus alas el ruido de mis pasos, y la pantera no podía, por consiguiente, notar mi presencia en aquellos sitios.

Espereé pacientemente que la pantera estuviese á unos quince pasos. Al tomar una posición cómoda para tirar hice ruido con el pie derecho. La pantera lo oyó, y, parándose, puso su nariz al viento. Su ancho pecho se hallaba, en este momento, descubierto por completo, ofreciendo un magnífico blanco. Disparé, y la fiera cayó inerte en el suelo, dando apenas señales de vida.

Preparé de nuevo el fusil, y, con toda clase de precauciones, me dirigí hacia la pantera. Hacía apenas

dos minutos que había disparado y la fiera se hallaba muerta, y pude á mi sabor examinar y acariciar su sedoso pelaje.»

IV

Llover refiere que un día remontaba la corriente del Mississippi, más allá del sitio de su conjunción con el Ohio, y halló la navegación interrumpida por el hielo. «Semejante congelación,—dice,—me contrarió mucho, pero no podía tomar otra determinación que rogar al patrón de la embarcación que me condujese á algún pueblo ribereño para esperar el deshielo.

Mi hombre me condujo á un estrecho sitio denominado Tawapatee Bottom, donde el Mississippi describe una gran curva. Las aguas eran bajas, el frío excesivo y por doquier la nieve cubría el suelo.

El primer cuidado de mi canadiense fué poner en salvo su embarcación, á fin de que no sufriese averías por los choques con los témpanos de hielo. Cortó varios troncos de árbol en la selva vecina, que amontonó alrededor de la embarcación.

Nos dirigimos á una mísera cabaña y alquilamos el albergue por algunos dollars; pero, como la estancia era tan aburrida como incómoda, no tardé en buscar los esparcimientos de la caza.

El bosque vecino estaba repleto de caza; los ciervos, los *opossums*, los *raccous*, los pavos salvajes, se hallaban al alcance de nuestros fusiles. Sobre la helada sábana de la opuesta orilla se veían revolotear grandes bandadas de cigüeñas y de *coyottes* hambrientos.

Pudimos, pues, satisfacer nuestros gustos cinegéticos y saciar nuestro apetito, encendiendo, al regreso de nuestras expediciones venatorias, un excelente fuego.

Cinco semanas hacía ya que llevábamos semejante vida, cuando un domingo el canadiense vino á mí gritando:

—¡El deshielo, señor, el deshielo! Tomad el hacha y venid en mi auxilio, ó si no la embarcación está perdida.

Corrimos hacia el agua, y, en efecto, el hielo se rompía por todos lados, produciendo el estrépito de cien ametralladoras. Las aguas se habían elevado súbitamente, recibiendo la doble corriente del Mississippi y del Ohio.

El espectáculo era grandioso y terrible. Desafiando los elementos, logramos desembarazar nuestra embarcación, evitando el choque con los témpanos. En menos de cuatro horas el deshielo fué completo.

Aquella tarde misma proseguimos nuestro viaje por el río, alumbrados por una luna espléndida, que nos permitía guiar la nave.

Por la mañana, y mientras que el canadiense dormía, un choque espantoso me hizo rodar hasta el fondo de la embarcación.

El canadiense se levantó dando un salto, y exclamó:

—¿Qué es esto? ¿qué pasa?

—Lo ignoro,—contesté,—pero lo esencial es evitar que no entre el agua en la embarcación, porque nos hallamos en la mitad del río.

La embarcación se hallaba inmóvil en medio de la corriente: era que se había enredado con las raíces de un árbol gigantesco que se hallaba flotando sobre las aguas.

Vanos fueron los esfuerzos que hicimos el canadiense y yo para desembarazarnos de aquel poderoso obstáculo.

Eran las siete de la tarde, la oscuridad iba creciendo, y dirigiéndome á mi compañero le pedí cuál era su parecer en tan apurado trance.

—¿Sois buen nadador?—me preguntó.

—Por mi fe, no me precio de serlo de primera fuerza; pero puedo nadar durante una milla. á menos que el frío no paralice mis miembros.

—No hay que vacilar. Es necesario que nos dirijamos hacia la orilla izquierda del río. Vos tomaréis uno de esos troncos flotantes y yo el otro, y cabalgaremos en ellos, procurando alcanzar el villorrio que se divisa allá abajo. Bebamos un buen vaso de *brandy*, y que la Providencia nos ampare.

En efecto: nos lanzamos al agua. Los primeros momentos fueron terribles, porque un frío glacial helaba todos mis miembros. Miré á derecha é izquierda y no vi á mi compañero; le llamé y no me respondió.

Mi ansiedad era inmensa. Cabalgando sobre el tronco del árbol, y con agua hasta la cintura, iba acercándome lentamente hacia la orilla, cuando en el otro extremo vi una forma vaga y movediza. ¿Era quizás mi marinero? Le llamé, y no respondió. Poco á poco mis ojos se fueron acostumbrando á la oscuridad, y com-

prendí que tenía por compañero de navegación fluvial á una fiera. Un rayo de luna, desgarrando las negras nubes que cubrían el firmamento, me permitió ver los brillantes ojos del animal. Era una gran pantera. Bien que armado de mi *bowie-knife*, este gran puñal de que se sirven los americanos traperos, estaba dispuesto á permanecer sólo á la defensiva.

Bogamos así durante una hora, y lleno de angustia me preguntaba cómo terminaría semejante aventura, cuando de súbito abordamos una isla inundada por el Mississippi.

Nuestra tosca embarcación pasó á 3 metros de una roca, y entonces me deslicé en el agua; pero al mismo tiempo percibí el ruido de la caída de un cuerpo. Era la pantera, que á su vez se había echado en el agua y se dirigía hacia tierra.

Creía que la fiera me iba á atacar, y me disponía á la defensa cuando la vi abordar en tierra. Trepé hasta unas altas rocas, y allí pude contemplar un espectáculo indescriptible: una porción de animales, entre ellos varios ciervos, se habían refugiado en aquel castillo de verdura, bañado por el Mississippi.

Toda aquella sociedad permaneció durante la noche en la mayor inmovilidad, aterida por el frío y preocupada, sin duda, por el inminente riesgo que había pasado.

El alba nos sorprendió en la misma postura.

Con auxilio de mi *bowie-knife* corté gran número de juncos, que, atados con sólidas lianas, me proporcionaron una improvisada balsa ó almadía, merced á la cual pude abandonar aquellos sitios.

Ya era hora; pues en aquel instante la pantera, habiendo recobrado sus fieros instintos, atacaba rudamente á un ciervo, destrozándole con sus garras y dientes.

Atravesé el río con toda felicidad, y llegué á un villorrio poblado por pescadores, donde averigüé que el canadiense había sido salvado milagrosamente de la muerte por un bravo marino.

Por lo que atañe á mí, jamás olvidaré el forzado é incómodo viaje que hice con la pantera por las aguas del Mississippi.

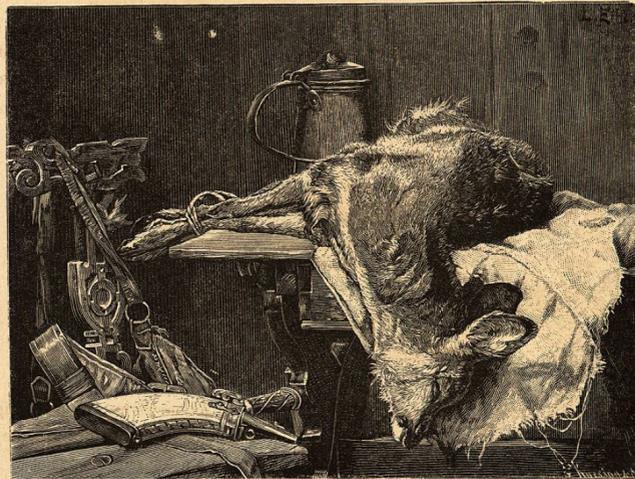
La pantera negra es un magnífico animal de color ceniza oscuro, con pequeñas manchas negras. Á primera vista, aquella pantera parece negra; pero una observación minuciosa y atenta descubre los matices negros y grises.

Hasta hace poco tiempo se clasificaba á la pantera negra como una especie distinta que la común. Hoy, en la isla de Java, donde abunda el leopardo negro,

nadie ignora que ambas panteras sólo son variedades de una misma especie.

La pantera negra es algo más pequeña que la común.

La caza por los indígenas se realiza por medio de artificios toscos, ó bien por golpe de flechas, ó blandiendo el cuchillo y el puñal.



CAPÍTULO XV

La caza del JAGUAR, OCELOTE
MARGAY, CHATI,
COLORADO y del gato de las
PAMPAS

1

UCHAS y variadas peripecias ofrece la caza del jaguar.

El cazador que quiera disparar

su rifle contra el jaguar, debe enderezar sus pasos hacia América. El jaguar no tiene morada fija, y se tiende en el sitio donde le sorprende la salida del Sol; lo mismo en el seno de las selvas, que bajo las altas yerbas de las estepas.

En las Pampas de Buenos Aires, en que no existen selvas, ni bosques, según el testimonio de Azara, se oculta el jaguar bajo las altas yerbas, ó bien en las cavernas abiertas por los perros salvajes que vagan por aquellas regiones.

Pero el escondrijo favorito del jaguar es la sombra de las selvas. La hora de sus correrías es el crepúsculo de la tarde ó de la mañana. Algunas veces aprovecha la espléndida luz de la Luna, ó bien una noche estrellada; pero jamás caza el jaguar en una noche nublada y sombría, ó bien durante el día.

El jaguar es un animal peligroso: su marcha, que parece pesada cuando nada le excita, en cambio se trueca en ligera en la lucha.

El jaguar se apellida *jaguarete* por los guaraníes, que significa *cuerpo de perro*; *tigre* por los españoles y *once pintada* ó *unze* por los portugueses.

Un jaguar en su pleno desarrollo, según Reuggen, tiene 1'50 metros desde la punta del hocico al extremo de la cola. Su altura es de 80 centímetros, aproximadamente.

Hállase el jaguar en Buenos Aires y en el Paraguay, y en diferentes puntos de la América del Sud, y en la parte sud de la América del Norte.

Como el jaguar causa grandes destrozos, no nos admira que por doquier se le haga una guerra encarnizada, y que para destruir aquella fiera se empleen toda clase de medios.

La más ajeja manera de cazar el jaguar es, quizás, la mejor y la que ofrece menos peligros.

Los indios matan al jaguar con las armas que heredaron de sus abuelos. Fabrican el arco con un gran